

...Y LOS SUEÑOS...

Don Martín Vázquez de Arce, Doncel de Sigüenza, recita (*) desde su sepulcro de la catedral unos versos de su tío, Don Jorge Manrique.
(*) Parece ser que el libro que sostiene Don Martín es un prontuario con las instrucciones para una batalla. Me atrevo a asegurar que los versos tienen más riqueza literaria...

*Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.*

Recuerda sus manos sujetando las bridas del caballo en el camino de Campisábalos.
Recuerda sus manos blandiendo la espada en los predios de Molina de Aragón.
Recuerda sus manos, en la Tejera Negra, asegurando las pihuelas al azor.

¿Las recuerda, en realidad, o las imagina? Porque aunque las distingue, nítidas y certeras, templando con destreza el laúd en la Alameda, o tensando con decisión el arco en el patio del castillo de Jadraque, o abriendo las puertas de la iglesia de San Gil, lo cierto es que ahora no responden a su deseo, a su urgente necesidad de pasar una hoja, una sola hoja, para no tener que recitar una y otra vez las estrofas que desde hace ya tanto se sabe de memoria.

*Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.*

Recuerda sus manos colocando el alfil blanco en el escaque del caballo enemigo, guardando el gallardete en el arcón, ajustando el ronزال a su montura. Recuerda sus manos sujetando...

...Las bridas, la espada, las pihuelas, pero ahora mira su cuerpo y le parece tierra. Él se esfuerza en creer, y sin embargo recela de que esas manos que delicadamente

pulen la coraza de la armadura de gala sean en realidad sus manos, que ese caballero que se deleita contemplando las cascadas del río Dulce desde la atalaya de la Peregrina sea en realidad él.

Él, él mismo, Don Martín Vázquez de Arce, Doncel de Sigüenza, ese que sube a duras penas por el barranco que lleva a la alcazaba de la Guijosa. Porque ahora mira su cuerpo y le parece tierra, tierra que aparenta ser su cuerpo, tierra que imita a su propio cuerpo.

“Don Martín Vázquez de Arce, Doncel de Sigüenza”, se dice. “Don Martín Vázquez de Arce”.

Recuerda sus manos.

*...Y pues vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado...*

Recuerda sus manos envainando la daga, encendiendo la antorcha, portando el estandarte, pero ahora las ve quietas e inertes, indiferentes a su deseo, ajenas a él mismo y a su voluntad, y sospecha que son solo una ilusión y que la espada, el laúd y el gallardete nunca han existido como tampoco han existido nunca ni Jadraque ni la Guijosa ni ninguna cascada. Intuye, teme, que ni siquiera él, don Martín, ha llegado a existir alguna vez y que su propia conciencia no es más que un juguete, un pasatiempo del silencio. Porque sus manos ahora están frías y cuando siente su cuerpo percibe la roca.

*...y la muerte, la celada
en que caemos.*

No sabe si recuerda o sueña, no sabe si sueña o imagina... Pero no, no puede ser un engaño de sus sentidos, no puede ser una quimera porque él ve claramente sus manos colocando los escarpes, primero en el pie derecho, luego en el izquierdo, y ajustándose los guanteletes, primero en la mano izquierda, luego en la derecha, y ve claramente cómo su escudero... Y aunque no se tratara más que de una ilusión, o de una pesadilla, para sufrirlas, él, don Martín, Don Martín Vázquez de Arce, tendría que estar vivo.

Pero él no sabe si está vivo.

*...desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta
no hay lugar...*

La lluvia no le alcanza, el sol le ilumina por resquicios irrisorios, no sabe si hay estrellas; ¿cómo es, cómo era el sol de mediodía? En ocasiones unos tenues rayos de luz logran escurrirse por alguna rendija inverosímil de algún ventanuco lejano, y se reflejan en sus ojos durante unos instantes breves pero ansiados. Solo este circunstancial amparo le está permitido, este dulce tormento que le protege con su nitidez inabarcable y efímera. Don Martín quisiera poder cambiar de posición para que la luz y el calor reanimasen también su nuca, sus labios, su mentón, y capturar las últimas partículas de esa tibieza agonizante que le confunde pero le consuela.

Pero no puede, porque no solo son sus manos las que se oponen, rígidas, a su deseo: tampoco le obedecen los hombros, el torso, la cadera... Él, Don Martín Vázquez de Arce, no gobierna sobre Don Martín Vázquez de Arce... Si pudiera golpearse la frente con lo más compacto de su puño, rasgarse la piel, sentir el calor de su sangre fluyendo desde lo más hondo de sus venas... Si pudiera levantarse, gritar, correr, escapar... Y sin embargo ni un solo nervio vibra. ¿Por qué es de mármol su escarcela, por qué ya no es de acero su daga?

Necesita reconocer su pulso, necesita escuchar su sangre irrefrenable dando sentido a sus venas, alimentándole, fortaleciéndole.

¿Pero cómo? ¿Cómo conseguir que sus manos obedezcan? ¿Cómo conseguir que sus músculos despierten? Ciertamente no en esa prisión ineludible, ciertamente no siendo un cautivo de sí mismo. Sus piernas están demasiado doblegadas por la inmovilidad, están sometidas al granito, están esclavizadas por la inercia de la roca.

Aunque su rostro está tranquilo en sus labios se ahoga un grito de dolor. Él lo aferra porque un buen caballero de la orden de Santiago ha de refrenar sus sentimientos, pero la angustia horada y corroe sus entrañas: por dentro grita y gime y suplica, en vano. Ni siquiera sus dedos responden a su voluntad. ¡Si al menos una lágrima, una sola lágrima, pudiera esquivar su destino y aliviara sus ojos! Es tan doloroso pensar, tan doloroso... Pensar, sentir, recordar. Mentirse: mentirse sin que el engaño fructifique.

*... cómo, después de acordado,
da dolor...*

Y ese frío... ¿De dónde viene ese hálito helado? Flota ingrávigo y rodea a don Martín, inapreciable casi y levemente, aunque acaba incrustando esquirlas de amargura en sus poros.

¿Sus poros?

*... pues se va la vida aprisa
como sueño...*

¿Sus manos, sus ojos? ¿Su nuca, sus labios?

Y entonces una náusea amarga le invade y se adueña de él y como una tempestad de viento y fuego va levantando a su paso súbitas arcadas de desesperación, hasta que una bocanada final, tajante, inhóspita, vomita su temor: el frío, ese frío constante y letal que le subyuga, nace de sus entrañas. Él mismo es el frío. Él mismo el silencio.

*... así que, cuando morimos,
descansamos.*

Su cuerpo descansa, se curva con un escorzo tranquilo; su cuerpo reposa, se reclina con porte señorial.

¿Su cuerpo?

*... Cuando tú vienes airada
todo lo pasas de claro
con tu flecha...*

¿Cuánto hace de aquella batalla? ¿Fue real, existió de verdad, o es otra tesela más de su engaño? ¡Ah, Granada! ¡El último reducto musulmán! ¿Ha servido para algo su sacrificio? Su sacrificio, sí, porque no hay duda de que él, don Martín, perdió la vida en lo más violento de la lid... Ahora está seguro de ello.

Y sin embargo...

...Sus manos tensan el arco en el patio del castillo de Jadraque, templan el laúd en la Alameda, abren las puertas de la iglesia de San Gil...

¿Su cuerpo? Las cimitarras seccionaron su armadura y cercenaron su vida, pero alguien rescató su aliento antes de que se perdiera para siempre y lo encerró en la piedra, para siempre; un cincel desconocido inmortalizó su espíritu, inmortalizó sus

recuerdos y sus sueños, inmortalizó su memoria y su pasado pero le condenó a ser eterno prisionero de la roca, eterno prisionero de sí mismo.

Sus músculos, sus poros, su sangre: todo es una impostura, no es más que una fantasía del granito. ¿Su cuerpo? Su cuerpo yace sin remedio, aunque su conciencia vuela por la capilla.

Otro día empieza. ¿Recuerdo, sueño, fantasía? ¡Otro día! La capilla se va débilmente iluminando; poco a poco de las tinieblas que se funden y se deshacen va surgiendo el color, las sombras se diluyen, los sonidos despiertan sus gamas y sus nervios al nuevo sol.

Otro día empieza. Las puertas de la catedral se abren, con su solidez categórica: se abren a la vida, se abren al mundo, se abren a los hombres. Desde la distancia le llegan esos murmullos cotidianos que reconoce como el palpitar de la vida tangible, de la vida real y absoluta y tajante. Al principio son solo ecos apagados, lejanos, borrosos... Se acercan, inexorables; se acercan, inalcanzables. Y esas rejas... No sabe si los barrotes son para protegerle o para aislarle. ¡Cómo querría ofrecer su brazo, cómo querría ofrecer su mano al tacto de otra mano, cómo querría entregar sus labios a otros labios, cómo querría compartir su pecho!

Pero la piedra le aprisiona, la piedra le asfixia.

Don Martín le aprisiona, Don Martín le asfixia.

Todos enmudecen cuando lo ven. La capilla impone respeto, más que el resto de la catedral: nadie quiere molestarle en su meditación. ¡Don Martín Vázquez de Arce, Doncel de Sigüenza! Algunos tienen que esforzar su vista a través de las rejas, algunos tendrían incluso que rozarle, al menos, con las yemas de los dedos, para cerciorarse de que el alabastro es de verdad alabastro. ¡Don Martín Vázquez de Arce, Doncel de Sigüenza! Parece que Don Martín, en cualquier momento, va a dejar el libro que sostiene en sus manos para ajustarse el gocete en la armadura, para poner el alfil en otro escaque del tablero, para colocarle las pihuelas al azor.

Si pudiera sonreírles, hablarles, si pudiera tender su brazo hacia ellos... ¡Si pudiera suplicarles! ¿Qué le estrangula, por qué ese ahogo en su garganta?

Y al fin comprende.

*...Y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara y pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera,
es locura.*

Comprende que no llora, en realidad, porque sus ojos son de piedra, y comprende que, allá en Campisábalos, en la Tejera Negra, en Granada, Don Martín Vázquez de Arce, Doncel de Sigüenza, alguna vez soñó.

*...que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.*